

Globalización y responsabilidad moral

«Todo el Mundo era de un mismo lenguaje e idénticas palabras. Al desplazarse la humanidad desde Oriente, hallaron una vega en el país de Senaar y allí se establecieron. Entonces se dijeron el uno al otro: "Ea, vamos a fabricar ladrillos y a cocerlos al fuego". Así el ladrillo les servía de piedra y el betún de argamasa. Después dijeron: "Ea, vamos a edificarnos una torre y una ciudad con la cúspide en los cielos, y hagámonos famosos, por si nos desperdigamos por toda la haz de la tierra".

Bajó Yahvéh a ver la ciudad y la torre que habían edificado los humanos, y dijo Yahvéh: "He aquí que todos son un mismo pueblo con un solo lenguaje, y este es el comienzo de su obra. Ahora nada de cuanto se propongan les será imposible. Ea pues, bajemos, y una vez allí confundamos su lenguaje, de modo que no entienda cada cual el de su prójimo". Y desde aquel punto los desperdigó Yahvéh por toda la haz de la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por eso se la llamó Babel; porque allí embrolló Yahvéh el lenguaje de todo el mundo, y desde allí los desperdigó Yahvéh por toda la haz de la tierra».

Era difícil resistirse a comenzar con este texto para abordar el tema de la globalización. La renuncia a la originalidad de otro posible encabezamiento, nos ayuda a mostrar que el deseo de universal-

zación y uniformidad ni es algo nuevo, ni fruto de una actitud moderna, sino tan antiguo como los mitos originarios de la cultura y de la religión.

¿Es éste un sueño inútil del cual el ser humano despertará, o el anuncio de una profecía que cada vez se acerca más a su realización? En cuanto a lo segundo, esta parece ser la convicción más extendida cada día. El comportamiento globalizador de la economía y del avance tecnológico aportan evidencias que apoyan, sin gran dificultad, esa pretensión. Lo primero, por el contrario, es más difícil de sostener ante la avasalladora experiencia de la modernización y del progreso. Despertar de un sueño así, supondría el *re-conocimiento* de culturas extrañas, de estilos de vida distintos y de cosmologías diferentes. Implicaría el establecimiento de niveles de abierta comunicación y el cuestionamiento de los modelos de coacción y de aquellas concepciones limitadas a nuestra cosmovisión totalizadora de la realidad¹. Por lo tanto, más bien parece que el sueño no era tan inútil, sino que tenía muchas posibilidades de hacerse realidad, tan sólo hubo que esperar a que la modernidad alumbrara un método reflexivo que materializara las etapas de avance necesarias para este ritmo de transformación y de progreso.

Expresado de forma rápida y sencilla, este debate está en el núcleo mismo de la confrontación entre la importancia que tienen la

1 El escritor portugués José Saramago, inauguró la XIII Universitat d'Estiu de Gandía (UEG), en agosto de este año 1996, con un discurso centrado en la defensa de la diversidad cultural, en el que rechazó totalmente la denominada «cultura universal», por ser «contraria a la pluralidad humana. La Tierra es única, pero no el hombre». Para este escritor luso, la cultura universal es una falacia; de lo que realmente se trata es de un «proceso acumulativo» por parte de las potencias dominantes, de «idealizar lo suyo y ocultar lo ajeno». «Ningún país debería arrogarse una voz más alta que los demás, y ningún grupo, tratado o pacto tiene derecho a presentarse como mentor o guía cultural de los restantes». «Las culturas no deben de ser consideradas mejores o peores, más ricas ni más pobres; son culturas y basta». Para el autor «no habrá una Europa nueva mientras no se elimine el predominio de unas culturas sobre otras».

tolerancia y la diversidad cultural, por un lado, y la convicción, por el otro, de que,

«la única civilización que, aunque sólo fuera en teoría, proclamó la igualdad virtual de todos los hombres fue la occidental, y por esa sola razón debe reconocerse que es mejor que otras civilizaciones que consideran insuperables las diferencias entre los pueblos. Para afirmar que no se pueden comparar las culturas porque son únicas, hay que comenzar por compararlas y comprobar si efectivamente lo son, y esta comparación sólo puede establecerla Occidente, porque las conoció a todas»².

Este texto habla por sí solo y, por qué no decirlo, expresa la convicción más profunda de quienes piensan que las culturas deben de ser vistas en un orden jerárquico de importancia. No es mi pretensión, ni creo que tuviera mucho sentido, llevar las posiciones a los extremos. De todas maneras, la apuesta por la tolerancia y el reconocimiento de la diversidad cultural deslocaliza el término de la comparación; mejor dicho, no existe. La presencia de Babel, de cualquier Babel, sería un empobrecimiento y, en el mejor de los casos, su conveniencia o no, tendría que ser fruto de un diálogo abierto en el que poder establecer cauces de conocimiento mutuo. Lo que no parece muy procedente es la exclusión de la cultura menos dominante, a iniciativa de la otra parte, en base a una información mejor, por suponerle a la segunda una visión más global de todo el conjunto. La occidentalización sin más, de toda discusión, en la forma expresada en el texto propuesto, de Sebreli, convierte a unos, en detrimento de los otros, en juez y parte de la solución.

De todas maneras, la globalización es un hecho sociológico indiscutible en este momento. Lo cultural comprende en sí múltiples ámbitos de nuestro mundo: el de la economía, la industria, el labo-

2 J. J. Sebreli, *El asedio a la modernidad. Crítica del relativismo cultural*, Barcelona, Ariel, 1992, p. 65.

ral, el de las comunicaciones y la información y, sobre todo, el militar. En conjunto se ve como una consecuencia del proceso de modernización que, sería injusto no reconocerlo, ha traído cambios sustanciales en nuestros modelos de vida, de los cuales algunos son abiertamente rechazados y confrontados, pero donde la mayoría han contribuido a mejorar nuestros entornos incrementado los niveles de bienestar, especialmente en el mundo de los medios, tanto a nivel económico, social, el de la salud, el mismo confort, etc.

Desde esta visión no carente de optimismo (si consideramos la situación actual del hecho distributivo), el Babel actual es cada día más alto y más perfecto, es funcional, pragmático e imparable. Añadiría que, también, está cada vez más «blindado». Democracia, sistema monetario mundial, mercado global, tecnología, sistema de comunicaciones planetario, etc., son algunos de sus componentes universales, con el tiempo más definidos y nunca confusos, dada su «evidencia» (facticidad). *En sí mismos, y como es lógico en todo proceso evolutivo, están configurando un lenguaje y una manera de entendernos a nosotros mismos y a los demás, y es en el modo de creación de este lenguaje, curiosamente, donde radica la dificultad.* Ante el caudal de información que manejamos, frente a la ingente cantidad de novedades que cada día nos ofrece este mundo de medios, las personas concretas nos sentimos, con facilidad, perdidas. Nuestra realidad de hoy es mucho más compleja que la vivida diez años atrás, y estos niveles de dificultad se van a ir haciendo progresivamente mayores. Ante este hecho, la necesidad de orientación se hace más apremiante con el fin de poder elaborar todo este cúmulo de detalles que, con facilidad, excede nuestra capacidad de asumirlos. De ahí la creciente toma de conciencia y la convicción cada vez mayor, de quienes abogan por la creación de una ética mundial³.

La globalización transformó las coordenadas de espacio y de tiempo, ésta ha sido una de las consecuencias de la modernidad. En el momento actual, el lenguaje «digital» es una herramienta

3 H. Küng, *Proyecto de una ética mundial*, Madrid, Trotta, 1991.

indispensable para controlar este modo de vida tan complejo que hemos desarrollado en el mundo tecnológicamente avanzado y que es, a su vez, responsable de la aceleración de este cambio, de forma que las modificaciones a que se ven sometidas nuestras vidas son hoy tales, que los medios de que disponemos para desenvolvernos en ellas, son inadecuados o de limitada efectividad. Las normas y las leyes jurídicas actuales están confeccionadas para el mundo propio de la nación Estado, en cambio, el espacio de hoy, además de ser tridimensional, tiene otras peculiaridades dominantes: es abstracto, de acceso inmediato, y en él lo cotidiano está configurado, no por lo que cubre el mundo de nuestras relaciones humanas intersubjetivas, sino por los modos de interacción en la distancia que no precisan de la co-presencia. Cada vez más, los acontecimientos que ocurren a miles de kilómetros de distancia condicionan las situaciones de vida y los problemas concretos de personas que se localizan en entornos culturales y sociales muy distintos. Quiero decir con esto que son muchas las inadecuaciones que padece el ámbito de lo cotidiano, entre ellas, el sistema legal y normativo, y de forma particular, en lo referente a los aspectos de la soberanía política, ésta ha quedado totalmente superada. «Actualmente las naciones tienen el tamaño equivocado. No son lo suficientemente pequeñas para ser locales ni lo suficientemente grandes para ser globales»⁴. El mundo es cada vez más transfronterizo, y las actividades que requieren esta cualidad son, progresivamente, más necesarias. En el campo económico, que es quizás el que ha expresado esta realidad con mayor anticipación, la interacción e interdependencia de las economías nacionales se han globalizado de tal forma, que el comercio de capitales y las inversiones internacionales crecen a tasas superiores a lo que lo hace la economía mundial, de manera que la generalidad de las principales economías

4 N. Negroponte, 'El Mundo digital', artículo aparecido en *El País* semanal, n. 1023, del día 5 de mayo de 1996. Negroponte es profesor de arquitectura en el M.I.T., y fundador del Media Laboratory, institución autónoma de pensamiento intelectual y tecnológico.

pasan a tener gran parte de su volumen de negocio bajo el control de manos extranjeras. Además, todos los capitales reclaman una parte del excedente que se produce en la economía mundial, pero los activos financieros crecen a un ritmo superior al que puede aumentar la plusvalía, cuya evolución está ligada al proceso productivo real. El capital financiero absorbe una parte creciente del excedente, en detrimento de la rentabilidad del capital productivo. El vacío entre las expectativas de ganancia y las posibilidades reales, se va haciendo cada vez mayor. Es el fin de la geografía y de las hegemonías nacionales. Los mercados financieros son los agentes más activos en la uniformización del espacio social y de la cultura económica y, con ellos, se están universalizando otros elementos característicos del sustrato cultural propio, no económico⁵.

En un mundo interconectado que vive a golpe de órdenes de computadora, el mercado de valores no duerme nunca, un teléfono celular o una orden dada desde un teclado puede generar un movimiento de activos financieros, cuyo resultado pone en evidencia la poca soberanía de los Estados en el control de sus economías⁶. Esta cultura económica, uniforme y universal, es el cauce para la extensión de un pensamiento único que tiene en la liberalización progresiva del comercio de los bienes y servicios, el modelo de relación competitiva y de «lenguaje» entre países que, hasta hace poco tiempo,

5 «La liberalización de mercados financieros, junto con la liberalización de los niveles de cambio monetarios, ha creado una situación de enorme inestabilidad económica, con enormes flujos de capital financiero, de tipo especulativo, cuyo poder es mayor que el de cualquier Estado. Este poder se basa en su capacidad de movimiento, penalizando aquellos gobiernos que se distancian de lo que estos mercados financieros consideran como aceptable. De ahí que se considere como un objetivo primordial de los gobiernos ser “creíbles” y “aceptables” desde el punto de vista financiero, favoreciendo aquellas políticas monetarias que aquellos mercados dicten» (V. Navarro, 'Neoliberalismo, desempleo, empleo y Estado de bienestar', en *Sistema*, n. 134, septiembre 1996, p. 43).

6 «El flujo financiero que responde a actividades especulativas sólo en un día es mayor que las reservas monetarias de todos los gobiernos del G-7» (V. Navarro, en *Sistema*, 134, p. 42, citando a J. Eatwell (ed.), *Global Unemployment. Loss of Jobs in the 90s*, Sharpe, 1996, p. 10).

eran considerados económicamente secundarios (Corea, Singapur, Taiwan, etc.)⁷.

«Dada la globalización creciente de la economía y que prosigue la liberalización del comercio, las empresas de todos los países se sentirán cada vez más obligadas a adaptar sus estructuras de producción y de intercambio para continuar la evolución de sus capacidades competitivas. Los gobiernos de los países desarrollados pueden facilitar este ajuste estructural si crean un entorno macroeconómico favorable».

Éstas son las palabras que el secretario general de la UNCTAD (conferencia de las Naciones Unidas para el comercio y el desarrollo) pronunciaba en el noveno encuentro de este organismo, celebrado en Ginebra en 1996. El mensaje es claro: las nuevas tendencias pertenecen a economías abiertas, cuya financiación ha de ser lo más barata posible, y ello está en función, no de los medios de control que aporten los diferentes Estados, sino de la fidelidad a las medidas económicas internacionales, cuyo lema fundamental podría formularse más o menos así:

«Lo que hace que tenga éxito una empresa que se observa que es afortunada, es su capacidad para captar bienes y servicios mejores y más baratos para su proceso productivo a través de todo el mundo y, después, el tener capacidad de acceder con lo producido a todos los mercados de todo el mundo»⁸.

7 En 1968 sólo el 1 % de los productos manufacturados consumidos en los países del G-7 procedían de los países en vías de desarrollo. En 1995, este porcentaje estaba en el 10 %. La fuente es de J. Eatwell (ed.), *Global Unemployment. Loss of Jobs in the 90s*. En el artículo del mismo autor, titulado «Unemployment on a World Scale», p. 7. Citado por V. Navarro, en *Sistema*, 134, artículo mencionado en la nota anterior.

8 *Fortune*, número del 5 de agosto de 1996, en un artículo en el que Robert Hermats, vicepresidente de Goldman Sachs International, habla acerca de la aceleración del proceso globalizador. Citado por Juan Velarde Fuertes, en *ABC* del 25 de agosto de 1996, p. 44.

No se trata, pues, de un lenguaje que surge del reconocimiento mutuo, sino de una lengua única que acuña conceptos dominantes para los campos preferenciales a los que se aplican, y cuyo uso es más controlable por parte de quienes crean los medios, su sentido y su significado⁹. La palabra desarrollo está siendo sustituida por la de mercado. El desarrollo y la modernización pasan por integrarse en el mercado mundial, lo cual no está en las posibilidades de todos.

LA MODERNIZACIÓN

La modernización, especialmente a lo largo de este cuarto del final del siglo xx, ha desarrollado la transformación de los elementos económicos básicos de todo el sistema construido después de la Segunda Guerra Mundial. Este fue un periodo de cambios sustanciales. En él tuvieron lugar el crecimiento económico, el progreso tecnológico y unas mayores facilidades para el proceso de producción. Así la modernización ha sido desde entonces la bandera de toda política actual en el sistema occidental. La cuestión es que bajo esta denominación se han ocultado múltiples formas de entender el hecho mismo, y donde el perfil ideológico que se aplique en cada caso, no es indiferente a la hora de esperar un resultado u otro. Que nuestras sociedades gozan de un nivel superior de bienestar, es un hecho poco discutible; ahora bien, que el incremento de lo que llamamos progreso vaya a ir mejorando las condiciones de vida *de todos*, es algo que la realidad de hoy cuestiona frente al optimismo de los comienzos de la modernidad, donde se pensaba que el progreso de la ciencia caminaría paralelo con una mejora de las condiciones de la vida

9 «Los mercados monetarios y de divisas están imbuidos de una cultura de eslóganes fáciles en los que se atribuyen los intereses altos a los déficits públicos, la inflación alta a los gastos públicos, u otras posiciones no confirmadas por los hechos, independientemente de que estos eslóganes respondan o no a la realidad» I. Eatwell (ed.), *Global Unemployment. Loss of Jobs in the 90fs*, Sharpe, 1996, p. 10. Tomado de V. Navarro, o. c., p. 43.

humana en general. El mismo fenómeno ha ido creando nuevos problemas: unos de tipo *económico*¹⁰, otros de orden *militar* (el horror, el nivel de violencia y el grado de deshumanización que se puede apreciar en cualquier guerra actual, nos muestra que la capacidad que tenemos las personas de presentar nuestro lado más oscuro en momentos de confrontación, no pertenece a períodos superados de la historia), y los hay directamente relacionados con el mundo industrial (las consecuencias medioambientales que está teniendo el desarrollo industrial, no han conocido una situación parecida, con anterioridad). Cierto es que con el progreso tratamos de resolver todas las dificultades que se nos presentan a la hora de establecer nuestra convivencia, pero ¿lo hacemos de una forma humana? Sólo entonces estaremos hablando de progreso, con toda propiedad. No quiere esta pregunta insinuar una vuelta de nuestra reflexión a un teórico pasado, menos evolucionado y, por ello, más idílico y humano. La cuestión es ver las consecuencias que el tipo de modernización que estamos llevando a cabo, nos pone delante como un problema, antes que nada, de tipo humano y, por ello, ético y moral. Formulado en otros términos, podemos afirmar con toda seguridad que el proceso de modernización es imparable, pero la orientación que lleva, ¿sirve para ir haciendo de nosotros personas más seguras, más humanas y, con ello, aumentar nuestra responsabilidad (moral) sobre el bienestar de los otros? Modernizarse sin atender a la situación de todos, es quedarse en la infraestructura económica y técnica, lo que es igual a decir, en un *darwinismo social y económico*.

10 «Los resultados del comercio exterior entre países atrasados y avanzados a lo largo de la historia son concluyentes, y más que esos resultados, las consecuencias globales sobre las economías. Dificilmente cabe sostener que el comercio ha tenido efectos benéficos sobre todas ellas cuando unas han avanzado al ritmo de la liebre y otras con la parsimonia de las tortugas... Un régimen de libre cambio entre países de desigual estadio económico llevado a sus últimas consecuencias impide el desarrollo de competidores, por la dificultad que tienen los países atrasados para crear una industria competitiva, perdurando el intercambio desigual y las posibilidades de explotación de los países pobres por los países ricos» (P. Montes, *El desorden neoliberal*, Madrid, Trotta, 1996, p. 98).

El sistema económico capitalista ha jugado un papel central en todo el proceso de modernización, pero el cese de la confrontación de los dos bloques políticos, con el final de la guerra fría, le concedió una importancia superior a la que tenía hasta entonces. Esto supuso un empuje notable para el proceso de globalización económica que hizo posible que aquellos enfoques que se habían planteado desde la óptica de una economía crítica global, fueran barridos por los que se decantaban por una economía parcial, basada en la experiencia de los países más desarrollados. Eso es lo que pasó con las teorías de gente como Raúl Prebisch, Cardoso, Faletto, Dos Santos, Samir Amin, etc. En el análisis actual predominan modelos de otro corte que tratan de explicar el comercio internacional, la movilidad de capitales, la liberalización de las áreas económicas mundiales y el sistema financiero y monetario. Por ello, creo, no se trata tan sólo de plantear una economía globalizada, sino el fenómeno de la globalización, en un contexto de interdependencia y mundialización. A esto es a lo que llamo «la ideología de la globalización».

De ahí que modernizarse hoy sea, por imperativos de una política económica, entrar en una carrera «contra reloj» para poder llegar a tiempo, con las medidas económicas exigidas (las de convergencia para el Tratado de Maastricht, en el caso de Europa, o el déficit equilibrado en el caso de los EE.UU.), a formar parte relevante de uno de los tres grandes focos económicos que van definir los comportamientos del mercado internacional en los próximos años. Este proceso es el que está configurando *el lenguaje y la manera de entendernos a nosotros mismos y a los demás*, y al que antes hacía referencia. La modernización se expresa ahora, prioritariamente, en el lenguaje de la economía y, dentro de ésta, desde la orientación aportada por las necesidades y la experiencia de los países industrializados. No hace mucho, Alain Touraine, no sin razón, decía que «... el mundo parece encaminarse hacia una trilateralización (de los tres grandes bloques económicos), más que hacia una globalización»¹¹.

11 'La globalización como Ideología', en *El País*, 29 de septiembre de 1996.

Por todo esto, decir que la economía juega un papel muy importante en la modernización, es algo que no se puede dudar, ahora bien, ésta *debe* de tener como elemento vertebrador, el conjunto de criterios que fundamenten una realidad de progreso humano, donde el bienestar (no el concepto equivoco de Estado de Bienestar, como veremos más adelante) alcance a todos, los seres humanos no se vean obligados a vivir en la pobreza ni en los límites de la dignidad, ni donde los beneficios de un modelo determinado de crecimiento, desplacen los centros de la carencia de bienes de unos lugares a otros ¹². El crecimiento en sí, no es un síntoma de progreso, el crecimiento de un área en particular, en detrimento de otras dentro de un sistema globalizado, es parte de esa dinámica darwinista cuyos resultados quedan en la estructura económica y social; el reconocimiento de los intereses de los otros, así como la capacidad de entendimiento en la construcción de un «lenguaje» que nos permita descubrir y atender las necesidades de quienes se encuentran en situaciones de mayor carencia, son requisitos básicos para la concepción del fenómeno de la modernización en el camino hacia una verdadera mundialización.

No hay que confundir los procesos, e identificar el establecimiento de una economía mundial, liberal y abierta, con el desarrollo sin más. Modernizarse, en el caso de los países desarrollados, es hacer el paso de unos modelos económicos nacionales y con unas características de socialización del bienestar propios de la socialdemocracia de postguerra (el Estado del Bienestar), a unos mercados

12 En una entrevista realizada a Leonardo Boff en el diario *El Mundo del siglo XXI*, el 1 de septiembre de 1996, decía: «Estamos asistiendo a la última expresión del colonialismo que es el proceso de exclusión. Personas que no tienen ni siquiera el privilegio de ser explotadas... porque están excluidas. Pero hay otros que están en el sistema con altísimos niveles de acumulación de riqueza. Según los datos del Banco Mundial del año 1995, los que se han integrado en la lógica de la mundialización, de la alta tecnología, dentro de una India de miseria que constituye la gran parte de Brasil... Entonces, ¿cuál es el futuro? Creo que una gran división entre un gran "apartheid" social inmenso, una africanización de América Latina, y una parte que pertenece al primer mundo, homogénea... Y eso va a ratificar la herencia de exclusión que viene produciéndose hasta hoy. Tengo una lectura bastante dramática de América Latina. Veo que el destino ya no nos pertenece».

mundiales, abiertos, cada día más competitivos y donde la innovación y el dinamismo tecnológico imponen unas condiciones de adaptación en las que el déficit fiscal, la inflación, el crecimiento de las exportaciones, el nivel de investigación, capacitación y educación, son asignaturas que no se pueden retrasar más. De ello dependen en el futuro, un nivel de vida adecuado y una posibilidad de empleo realista. El tratado de Maastricht, en el caso de Europa, representa un punto de no retorno que encarna, desde la visión de los países europeos miembros, el paso de una economía de carácter nacional a una de orden mundial. Por ello, para que estos dos elementos no se confundan quedando en la ambigüedad (desarrollo y mundialización), tampoco hay que identificar modernización con la ideología neoliberal.

Pretender que la economía liberalizada se basta a sí misma para llevar adelante la modernización, es asumir la «ideología de la globalización». Que los intercambios mundiales son más numerosos, que las tecnologías son muy dinámicas y definen la pervivencia y caída de sectores enteros de la producción, que los núcleos productivos están en diferentes bloques económicos, tecnológicamente avanzados y muy competitivos, es describir un hecho que, en ningún momento, nos permite deducir la autonomía de todo este fenómeno de los controles políticos y sociales. En el momento actual, hay más de «ideología de la globalización» que conciencia de economía mundial. Y ésta no garantiza, en absoluto, el desarrollo. No hay que confundir la descripción del hecho, con la interpretación ideológica del mismo.

Estamos en medio de una época de adaptaciones que no parecen tener un horizonte de tiempo corto y cuyas consecuencias, además de situarnos en el medio mismo de una profunda contradicción (la necesidad urgente de reformas económicas y sociales, y el predominio de la ideología neoliberal en la orientación de la misma), están teniendo un efecto muy duro en grandes sectores de las poblaciones. Unas clases sociales medias, ascendentes y educadas, están en condiciones de competir en un mercado de trabajo, ya de por sí difícil y duro, pero con posibilidades, mientras que una gran parte de mano de obra poco cualificada y con un bajo nivel educativo, queda rele-

gada al olvido intemporal. Junto con ello, la crisis del Estado de Bienestar nos enfrenta a problemas de replanteamiento del sistema de pensiones, de las prestaciones por desempleo y de la sanidad. Las serias tensiones sociales actuales que se nos presentan parecen ser consecuencia de lo que hoy se entiende por creación de empleo y crecimiento económico; en este contexto, tampoco se encuentra fácil solución al establecimiento de unas redes con posibilidad de hacerle frente a la pobreza progresiva, a la inseguridad frente a la vejez ni a la falta de medios básicos para la reproducción de la propia vida. Esto nos sitúa, en el momento actual, ante un conflicto ético de primer orden, al mismo tiempo que, con ello, vemos incrementarse las dificultades políticas y sociales. Creatividad frente a la distribución de la renta, frente a la pobreza, y mayor creación de empleo y de riqueza, son necesidades sociales básicas que muestran la orientación ética necesaria para estos momentos, pero al mismo tiempo se muestran incompatibles con la exigencia de unas reformas económicas que parecen inaplazables en el tiempo, y que tienen en los elevados déficit públicos un serio inconveniente para un crecimiento más rápido que permitiera resolver los problemas de integración en los bloques económicos. Por supuesto que la «responsabilidad» de esos déficit siempre se hace recaer en los gastos públicos de carácter, eminentemente, social. En síntesis, la base de esta propuesta es que aquellas economías que apuesten por una mayor investigación, educación y actualización profesional, por un lado, al tiempo que flexibilizan el mercado laboral y de productos, verán superadas en menor tiempo y con menor costo social lo que se entiende como reformas inevitables. Eso sí, teniendo en cuenta que estas reformas pueden prolongarse durante un período de tiempo imposible de determinar. Con las consecuencias que eso tiene sobre los, suavemente, llamados «costos sociales».

Planteado así, la solidaridad parece cambiar de signo por exigencias del tiempo. Una atención prioritaria a estos cambios en el menor tiempo posible, hará que lo que es inevitable económica y políticamente (los procesos de integración en los bloques) se haga en el menor tiempo y con todo el costo social necesario, porque de esa

forma se atemperan sus consecuencias negativas debido a su menor duración. Por lo tanto, según esto, tenemos que repensar el bienestar social, la distribución de la riqueza y la nueva cultura de la solidaridad, en un contexto de avance tecnológico y globalización de los mercados, que nos desanclan de los modelos anteriores de relación interpersonal y cuyos efectos no son ni fácilmente controlables ni pasajeros. En cualquier caso, son los procesos en sí lo más importante y, secundariamente, las personas. El fenómeno de la competitividad y la ausencia de control sobre los procesos mismos, lo exigen.

¿Cómo afecta ésto a los países menos desarrollados y a los países industrializados?

Tendríamos que decir qué significaría «modernización» para los países menos desarrollados. De entrada, adquirir un estatuto que les permita obtener un trato diferenciado en la solución a sus economías, ya que sus situaciones son, realmente, distintas a las de los países industrializados. Poner en el mismo nivel a unos y a otros, dando unas pautas de tratamiento global a problemas tan diferenciados, con la pretensión de defender así una posición «realista», es negarse a ver la desventaja de partida, que hace insuperable cualquier solución de las situaciones. Lo mismo que decía Leonardo Boff a propósito de la entrevista antes aludida, decía hace tiempo Raúl Prebisch: la brecha entre el Norte y el Sur es de tal magnitud, que crece la convicción en el Sur, de que su realidad ya no merecen atención alguna. En nuestra, ya no tan reciente, historia, hay dos ejemplos de trato diferenciado que dieron cierto resultado. Uno fue la cancelación de créditos norteamericanos de la Ley de Prestamos y Arrendamientos de 1941, al terminarse la II Guerra Mundial, donde se procedió con el Plan Marshall (1948-52) a desarrollar la Europa de post-guerra, para defender la democracia y la reconstrucción de la parte occidental del continente. Otro, es el que surgió en la primera reunión de la UNCTAD (1964), donde se vió la necesidad de que los países desarrollados dieran un trato diferente a los países en vías de desarrollo, esto se concretó en un trato arancelario de favor, que en la segunda reunión de la UNCTAD (1968), se materializó en el *Sistema de Preferencias Generalizadas*. Con él, se concedía a este grupo de países el

acceso a los mercados de manufacturas de los países industriales, pero con trato a su favor, y sin reciprocidad. Así se establecieron unas relaciones económicas y comerciales más equitativas, lo que dió lugar al despegue de países como Taiwan, Corea del Sur, Singapur y Hon-kong. Ciertamente que el fenómeno no es tan sencillo como aparece aquí, ni la situación geoestratégica es hoy la misma, pero también nos ilustra acerca de la posibilidad de industrializar el Tercer Mundo, siempre que tal objetivo se busque, realmente.

Hace años, en una resolución de la Asamblea de las Naciones Unidas, de junio de 1974, se presentaron cuatro puntos, con la idea de ayudar a un nuevo orden internacional: 1) ayudar a los países pobres, cambiando las reglas vigentes, especialmente en las áreas del comercio internacional y el sistema monetario; 2) aumentar la participación de éstos países en la producción mundial, tanto industrial como agrícola, incrementando sus redes comerciales y de comunicación; 3) modificar los flujos tradicionales de comercio y tecnología, de forma que se lograra un intercambio más equitativo, y 4) comprometerse entre los Estados, a adoptar un trato acorde con la «Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados», de 1974. En 1981, en el comienzo del neoliberalismo reaganiano y thatcheriano, Cancún reunió a los jefes de Estado de 22 naciones, pero lo único que quedó claro allí, fue la convocatoria de una Ronda de Uruguay (GATT), que no hizo más que reforzar el liberalismo económico mundial. Desde entonces hasta hoy, el proceso de liberalización del comercio no ha hecho más que progresar.

En una concepción global de la economía mundial, donde comercio y tecnología se encuentran como elementos de «diálogo» y lenguaje para un único entendimiento, queda la vía abierta a un intercambio desigual, cada vez más alejado, inhumano y frustrante. El comercio internacional junto con la tecnología, han sido, tradicionalmente, las dos causas esgrimidas en el agravamiento del problema del paro y la exclusión. Veamos.

La relación económica desigual, en la que los salarios de los países del Sur mantienen un diferencial grande con los del Norte, hacen que el intercambio comercial entre Norte y Sur se haya incrementa-

do sustancialmente en los últimos años. En la actualidad las exportaciones de manufacturas del Sur al Norte constituyen el 50 %¹³ del total de sus exportaciones, además de los productos que, tradicionalmente, eran exportados: los de origen agrícola y las materias primas. La creciente instalación de manufactureras del Norte en el Sur, con un coste de producción muy inferior, ha creado un campo de competitividad con arreglo al cual los productos son vendidos en los países industrializados a menores precios, debido a los salarios más bajos, ausencia de presión sindical, menores medidas fiscales, un coste de suelo inferior y, por lo tanto, una mayor rentabilidad por el mismo producto y la misma calidad. Esto puede parecer, desde una visión muy optimista, positivo, al crear núcleos industrializados en el Tercer Mundo. Y es cierto que ha supuesto un despegue industrial y comercial en áreas, anteriormente, carentes de expectativas. El problema es que en donde la desregulación laboral es total, el Estado de Bienestar desconocido, el paro masivo y la infraestructura de control de derechos sociales no está en la mentalidad cultural, todo esfuerzo por salir adelante se convierte en una tarea muy difícil de lograr. La cultura política y los regímenes dictatoriales de muchos de los países, así como la dependencia en materia de capitales de los países que producen tecnología, hacen que la capacidad para defender sus mercados internos sea muy débil. Esto lleva aparejado un empeoramiento continuo de la relación de intercambio. La necesidad de exportar se hace acuciante para estos países, ya que sólo así pueden entrar en los mercados internacionales y hacer frente a las medidas de competitividad; ahora bien, en las condiciones en que éstas tienen lugar, los resultados exigen un recorte constante en los salarios, un aumento de las horas de trabajo y, por lo tanto una degradación continua de las condiciones laborales¹⁴. Esto tiene cuatro consecuencias:

13 Otros hablan del 60 %, siempre dependiendo de la fuente tomada.

14 Muy recientemente las compañías de material deportivo *Nike* y *Reebok* fueron denunciadas por la explotación laboral infantil que ambas ejercen. En fechas recientes, en el mes de septiembre de 1996, ambas anunciaron en la prensa interna-

Lo primero es el enfrentamiento entre trabajadores, pero con consecuencias muy dispares entre unos y otros¹⁵. Los países industrializados (especialmente en Europa), han visto aumentar considerablemente sus cifras de desempleo al contrarrestar la actividad de la mano de obra no especializada con los empleos localizados en los países menos desarrollados. Cuando las regulaciones de los países que tienen un derecho laboral desarrollado, impiden bajar los salarios a partir de determinados niveles, la influencia que ejercen las áreas industrializadas de los países menos desarrollados en un espacio económica y laboralmente liberalizado, se manifiesta en un crecimiento del desempleo en los primeros.

En segundo lugar se camina hacia una división y sectorialización del Tercer Mundo, donde una pequeña parte de la población disfruta los mismos beneficios que los países desarrollados, otra parte se ve sometida a la explotación, y una gran parte, ni siquiera «disfruta» del privilegio de la explotación, sino que vive simple y llanamente en la miseria y el abandono.

En tercer lugar, a pesar del crecimiento del desempleo en los países industrializados y de la creciente importación de productos manufacturados de los países menos desarrollados, los primeros siguen manteniendo una balanza muy favorable en sus exportaciones hacia el Tercer Mundo, tanto de tecnología como de capitales. El grupo de los 7 grandes (Alemania, Francia, Italia, Inglaterra, EE.UU., Canadá y Japón), han tenido más exportaciones que importaciones de los segundos, creando con ello nuevos empleos¹⁶. Ciertamente que el tipo de empleo está variando, es decir, cada vez es un empleo más selectivo, de mayor cualificación y con una diferencia de salarios muy relevante con arreglo al resto del tipo de salarios. El aumento del comercio exterior en los países industrializados, crea cambios en la

cional la firma de un acuerdo mutuo para erradicar esta conducta laboral que venían ejerciendo en los países del sudeste asiático.

15 Etahn B. Kapstein, 'Trabajadores y economía mundial', en *Política Exterior*, n. 52, vol X, julio-agosto 1996, pp. 19-41.

16 V. Navarro, *Sistema*, 134, p. 41. Ver cuadro n. 11.

composición interna de sus puestos laborales. Esto lo que refleja es un cambio constante en la demanda interna y externa del tipo de inversiones. Con ello, se favorece la presión, a la baja, para la cuantía de los salarios.

En cuarto lugar, este proceso de liberalización de espacios económicos, hace que el capital que hay en los países menos desarrollados vaya a aquellos lugares donde adquiere más rentabilidad, con lo que la posibilidad de desarrollo interno disminuye, aumentando la dependencia de capital extranjero.

La competitividad comercial en un espacio liberalizado, está haciendo que el aparato productivo de éstos países menos desarrollados, débil y precario esté, mayoritariamente, en manos extranjeras.

La competencia entre economías tan desiguales, no puede menos que agravar la crisis de la diferencia. Ni la participación en los beneficios mundiales, ni los espacios comerciales a controlar, ni los márgenes crecientes en la diferencia del intercambio internacional, juegan a favor de los países menos desarrollados. Sólo en casos muy excepcionales, como puede ser el de algunos caladeros de pesca y, el más universal, de unos salarios más bajos, juegan, indudablemente, a su favor.

Decíamos antes que nuestras sociedades han mejorado sustancialmente y el crecimiento mundial ha experimentado un aumento evidente, pero el fenómeno de la distribución no ha mejorado en la misma proporción. Hay contrastes muy fuertes entre los países del Tercer Mundo y los países desarrollados.

Veamos esto con cifras ¹⁷: en los 12 años que van desde 1980 al 92, hubo un período de crecimiento de las exportaciones en el mundo, medido en dólares, a una tasa por año del 5,2 por ciento. Ahora bien, mientras en los países industrializados esta tasa llegaba al 6,5, en los países en desarrollo lo hacía al 3,1. Entre los países menos desarrollados, el crecimiento era muy distinto entre unos y otros. Los países

17 P. Montes, *o. c.*, pp. 191ss.

exportadores de petróleo tuvieron una caída muy significativa, 3,8 % anual, debido a la bajada del precio de los crudos en 1986, y los países industrializados del área del pacífico, no siendo Japón, crecieron un 9,1 %. Pues bien, fuera de estos casos excepcionales, los países de América Latina experimentaron un crecimiento del 1,4 % anual, y los de África un 1,1 %.

En el transcurso de esos años, los países desarrollados, incrementaron su participación en las exportaciones mundiales, del 62,6 % al 72,9, mientras que los países menos desarrollados de América, no exportadores de petróleo, vieron descender la suya del 2,4 % al 1,5 %, y los de África, del 1,4 % al 0,8 %.

En cuanto a las importaciones mundiales de esos años, el crecimiento total supuso un 5,2 %, correspondiendo un 5,7 a los países desarrollados y un 5,2 a los menos desarrollados. Los países del Tercer Mundo, importaron más que exportaron, con lo que sus desequilibrios comerciales se agudizaron.

Los altibajos del petróleo durante esa década, alteraron significativamente las balanzas de todos los países. Los países no desarrollados, y no productores de petróleo tuvieron un saldo comercial entre 1986-88 de 7.000 millones de dólares anuales, pero que entre 1989-91 se convirtió, debido a la subida de los crudos, en un déficit de 32.000 millones de dólares. Si en los intercambios se añaden los servicios y los pagos por préstamos e inversiones, las rentas de capital pagadas al exterior por el conjunto de los países menos desarrollados, superaron los 100.000 millones de dólares anuales. La situación no tiene salida. Déficits constantes, y financiación de los mismos, han ido haciendo de la situación un problema sin solución posible, al menos desde el punto de vista económico y de los problemas derivados del desarrollo.

El predominio del capital financiero, no sólo no ha sido una ventaja para el desarrollo económico, sino que supone un inconveniente que interfiere el crecimiento de muchos países que tienen recursos naturales suficientes que les hubieran permitido, en otra concepción de la economía menos (neo) *liberalizada*, un crecimiento progresivo.

Las consecuencias que ha tenido la especulación financiera en Venezuela, Argelia, Irak y México con el petróleo, ha llevado a estos países un incremento de la corrupción política y la descomposición social, cuando disponían de una riqueza natural que les hubiera permitido, en otras circunstancias, despegar en un verdadero desarrollo. Salir de una economía planificada (bloque socialista) o intervenida (socialdemocracia europea) no, necesariamente, tiene que suponer caer en la economía salvaje, controlada por los bancos, las agencias de préstamo internacionales, o los consejos de los grandes Bancos Centrales. Esto es lo más opuesto a una economía mundializada. El actual sistema económico ni es autorregulado (como se pretende) ni, como ocurre con cualquier sistema, puede escapar a los controles necesarios. El caso es saber bajo qué controles se encuentra. La competencia ha alcanzado a los mismos gobiernos, cuyo papel ha sido reducido a satisfacer a los mercados financieros, siempre dispuestos a abandonar las posiciones económicas (inversiones) de todo país cuya evolución no sea satisfactoria para sus intereses. De ahí que las políticas económicas, por defecto, sean monetarias y fiscales. Esto, unido a la necesidad de crear unos espacios atractivos para la afluencia de capitales, de forma que las compensaciones a los mismos sean competitivas en un mundo de desregulaciones, liberalizaciones y rentabilidad, hace que el papel de las políticas redistributivas de los gobiernos, tenga un carácter minimizador del conflicto social y un efecto, cada día, más bien electoral.

En los países industrializados, como decíamos antes, se ha intensificado la demanda hacia los sectores de alta tecnología y más sofisticada formación. La mayor demanda de trabajadores cualificados ha establecido una gran diferencia entre los salarios y un aumento del desempleo, tanto por estas nuevas exigencias, como por la incorporación de mujeres a la vida laboral activa. La fuerte inversión en tecnología desde los años 80, ha evidenciado una desigualdad progresiva de los salarios, desde entonces.

La capacidad real de cada una de las economías ha tenido resultados muy diferentes en las tasas del desempleo. Mientras en los EE.UU., que han absorbido mayor población inmigrante que Europa, el paro afecta al 6 % de la población activa, en Europa pasa del 12 %.

Este problema debería de ser una de las prioridades en la construcción de la mundialización, en cambio las acciones no caminan en esa dirección. E. Kapstein, lo decía en el artículo antes mencionado: la globalización no es posible sino se alivia la presión sobre los perdedores. Franco Modigliani, premio Nobel de economía en 1985, profesor del M.I.T y no, precisamente, un partidario de la economía crítica, decía en Bilbao el 6 de octubre pasado, que la prioridad en Europa, por encima de la estabilidad económica, es la creación de empleo.

Además, la inmigración es otra de las consecuencias de la globalización, en los países desarrollados. A lo largo de todos estos últimos años de crecientes movimientos migratorios, se han creado nuevos empleos en trabajos y oficios diversos, lo que ha dado lugar al desarrollo de un tipo de empresa pequeña que ha aumentado la producción; pero al mismo tiempo este hecho ha incrementado el excedente de mano de obra no cualificada, lo que ha recrudecido los sentimientos que abogan por medidas proteccionistas y, como consecuencia de ello, se han radicalizado los problemas de intolerancia racial, religiosa, xenófobos, así como los de nacionalismo cultural y político.

De nuevo este planteamiento tiene una doble perspectiva según sea la visión ideológica con que se analice. Para quienes lo ven desde el ángulo optimista-liberal y neoliberal, esto no hace sino igualar los salarios entre unos países y otros, de forma que habrá una tasa de crecimiento de los mismos en los países de los que se emigra, y un descenso en aquellos a los que se emigra. Luego una igualación cada día mayor. A esto se referían Samuelson y Stolper (1941), quienes mantenían que dos países en libre comercio e igual tecnología, igualarían con el tiempo sus salarios. Esto se ha mostrado incierto. A industrias semejantes (la emigración de industrias a los países del Sur es un hecho cada día mas habitual) los salarios se han disminuido en el Norte, al tiempo que el tipo de salario del Sur, está en niveles de explotación.

La competitividad como lenguaje de expresión de un mundo globalizado, actúa como instrumento de austeridad permanente que afecta a unos y a otros de forma muy distinta: en ambos casos pro-

poniendo políticas económicas restrictivas y políticas sociales regresivas. El argumento es que los países en vías de desarrollo han incrementado sustancialmente sus exportaciones, por lo tanto:

El mundo desarrollado ha venido afirmando, durante muchas décadas, su deseo de que se redujera la brecha que le distanciaba de los países pobres; sería lamentable que cuando éstos parecen haber iniciado una mejora de sus destinos —no sin incertidumbres que podrían quebrar, en muchos casos, las extrapolaciones optimistas que hoy se hacen para el futuro de esos países— el proteccionismo viniera a quebrar esa evolución¹⁸.

De todas formas, pretender cerrar la distancia que hay entre los países desarrollados y los que están en vías desarrollo por medio del lenguaje de la competencia del mercado, es cuando menos un síntoma de gran ceguera y parcialidad en el tipo de análisis. La austeridad es predicada siempre como la solución que hará aproximarse las economías, pero el plazo de tiempo que ha de durar esa «austeridad», es intemporal y remoto¹⁹. Cuando la tecnología, la investigación científica y la propiedad del capital²⁰ está en manos de los países desarrollados, esta pretensión de competitividad en igualdad de condiciones, no deja de ser el reconocimiento, bajo la denominación de «costos sociales», de ganadores y perdedores, en un juego de librecambio, en el que los papeles están asignados de antemano. El saldo en la lucha competitiva por los espacios de mercado, entre un tipo de países y los otros, no deja de ser una trampa, en la que los desequilibrios de este intercambio favorecen, sin ninguna duda, a los intereses de las grandes corporaciones y los controladores de capital²¹.

Hacia donde se orienta la preocupación del sistema actual, en términos de garantías: el Estado de Bienestar.

18 Luis Ángel Rojo, 'La economía mundial en el fin de siglo', en revista *Claves de razón práctica*, n. 66, p. 9.

19 *Ibid.*

20 El 90 % de la capitalización del mercado de valores mundial está bajo el control de los países de la OCDE (Kapstein, *o. c.*).

21 P. Montes, *o. c.*, p. 191.

El Estado de bienestar, fue uno de los dos pilares básicos sobre los que se asentaba el modelo socialdemócrata de postguerra. El otro era el sistema competitivo de partidos políticos. De esta forma la democracia liberal fue posible gracias a la reducción del nivel de conflicto político de clases y la preocupación creciente por el modelo de distribución económica y social. Este modelo político se cimentaba sobre un acuerdo según el cual, los trabajadores aceptaban la lógica de la rentabilidad y del mercado como principios rectores de la asignación de recursos, del intercambio de los productos y de la localización industrial, a cambio de la garantía de que se protegerían los niveles mínimos de vida, los derechos sindicales y los derechos liberales democráticos, de que se evitaría el desempleo masivo y de que los ingresos reales aumentarían de manera más o menos lineal con respecto a la productividad del trabajo; todo ello por medio de la intervención del Estado, caso de ser necesario.

El acuerdo funcionó muy bien. No estaba en cuestión el modelo de producción, sino el modo de distribución, con lo que cada una de las partes, sobre la garantía de unas prioridades básicas (pleno empleo, seguridad social, crecimiento económico, ayuda al desempleo, etc.), velaba por los intereses de la otra: los trabajadores, por la productividad y rentabilidad de las inversiones, ya que este era el medio de garantizar el futuro del empleo y los ingresos, y el capital, por los salarios y el mantenimiento del Estado de bienestar, ya que ello garantizaba la demanda efectiva y la formación de los trabajadores. Ambas partes estaban inmersas en un pacto de crecimiento-seguridad.

Hoy no es así. El modelo socialdemócrata actual es muy distinto. Por lo expuesto hasta aquí, vemos que se apoya en la defensa de una economía de mercado, más liberalizada cada día, basada en la desinversión estatal, la no intervención del Estado y la aplicación de controles monetarios para contener el déficit y la inflación, de forma que el Estado mantenga la credibilidad en el mercado internacional de valores.

En los comienzos de la democracia liberal de partidos, el Estado de bienestar fue el fruto de un acuerdo que redujo la conflictividad industrial, «desarmando» a las razones mismas del conflicto (es

decir, el conflicto resultaba más costoso en términos económicos). De esta forma, la conflictividad misma, fue la raíz última del progreso (protección social, regulación económica, etc.). Hoy, cuando más necesitamos al Estado (Estado de justicia) para que garantice las transformaciones que nos permitan orientar las inversiones a largo plazo y resolver el conflicto social, éste se ve sometido a tal cantidad de presiones económico-políticas, que le imposibilitan para responder al reto de la distribución. De hecho, la estructura que mantuvo el Estado de Bienestar hasta el presente, está siendo revisada. Las prestaciones cada vez van a ser más compartidas entre los beneficiarios y el Estado, hasta los límites que, en cada momento, permita el nivel de conflictividad social.

El argumento fundamental, desde la óptica liberal, es que el Estado de Bienestar, en su actual configuración, es insostenible a causa de un gasto incontrolado, tanto por su estructura, como por su carácter de instrumento político. Por ello, es una parte integrante fundamental del debate económico y social, en la actualidad. El envejecimiento de la población, las dificultades financieras del Estado y la desincentivación que produce sobre el empleo y la actividad económica, son los tres pilares claves de su cuestionamiento.

Como todo lo relacionado con el actual modelo económico de mercado, es visto como un impedimento para compatibilizar el dinamismo de la competitividad económica actual, con un modelo de protección social de los derechos adquiridos a lo largo de una capitalización social de bienes, basada en la tributación impositiva a lo largo de una vida laboral. Es decir, la atención a la salud, la enseñanza y la previsión de las pensiones son bienes y servicios que, como todo lo demás, tendremos que adquirir por medio del mercado y, a ser posible, con el máximo de aportación por parte de la iniciativa privada. En todo momento, la regla que se establece para la revisión del Estado de Bienestar ha de venir marcada por el mercado²². ¿Qué es lo que ha cambiado a este respecto?

22 C. Espinosa de los Monteros, 'Repensando el Estado de Bienestar', en *El País*, 28 de octubre de 1996.

En el origen del Estado social había dos tipos de reivindicaciones: una de carácter ético con la que se trataba de cubrir un nivel básico de necesidades fundamentales humanas, y cuyo cumplimiento exigía la intervención y garantía del Estado; otra de carácter económico, de acuerdo a la cual era necesario desarrollar el modelo productivo con un margen de explotación que satisficiera la acumulación necesaria de capital, de forma que la empresa capitalista fuera posible en una época de amplio desarrollo industrial.

El Estado de Bienestar funcionó mientras los problemas económicos se redujeron, básicamente, a satisfacer una demanda macroeconómica. Ahora bien, hoy la relación entre producción/explotación económica y la demanda, han cambiado radicalmente. De forma que la atención al primero de los términos, agrava el segundo. En la actualidad, la realidad económica ha cambiado tanto, que las orientaciones parecen darle la razón a los analistas noeliberales. Según éstos, la estructura del Estado de Bienestar ha tenido unas consecuencias difíciles de sostener en el modelo productivo actual: las altas cifras dedicadas a combatir el desempleo no hacen sino incrementar el déficit fiscal, con ello el dinero escasea y se hace más caro, lo cual incrementa el mismo desempleo. Además, la garantía laboral basada en la inflexibilidad en el empleo, dicen, crea una amplia cobertura social, pero que tiene como contrapartida la desincentivación para la adaptación laboral permanente que hoy exige el dinamismo tecnológico y económico. Al mismo tiempo, el derecho laboral adquirido, genera una inflexibilidad salarial que hace el empleo más costoso y rígido. Desde esta visión, los empresarios encuentran los principios del Estado de Bienestar, más como parte del problema, que como una solución del mismo.

Desde el punto de vista económico, se percibe como una carga muy pesada que cae sobre el sector privado; es decir, detrae una parte importante de capital que debería estar dedicado a la inversión. Por otro lado, la pequeña empresa y la clase media profesional, se lamentan de la alta carga impositiva que recae sobre ellas, frente a la mayor facilidad que tienen para evadir este tipo de imposición los grandes inversores internacionales y las compañías multinacionales.

Otro de los argumentos, cada vez más comunes, es que dificulta la realización del principio de subsidiariedad. Es decir, la amplia garantía de cobertura impide que los niveles inferiores resuelvan por sus propios medios los problemas de sanidad, enseñanza, jubilación, etc., en la medida de sus posibilidades. Lo cual constituye una doble afrenta: detraer del dinamismo del mercado esta posibilidad, y crear una inercia de pasividad en quienes, en otra situación, podrían resolver por sí mismos estos problemas²³. Parece, por todo esto, que este es un modelo agotado y con pocas posibilidades de resurgir. El gran Estado protector se ha convertido, con la pretensión de cubrir todas las necesidades y carencias de los individuos, en un gran padre que no deja crecer y madurar a sus hijos quienes, por otro lado, todo lo esperan de él.

¿Supone esto dar rienda suelta a las tesis neoliberales y dar por, definitivamente, agotada cualquier iniciativa de solidaridad? Creo que no, sino más bien expresa todo lo contrario. Es cierto que la coyuntura, a efectos de solidaridad, no es muy favorable. Entre nosotros parece haber acampado una actitud, sociológicamente, generalizada, que se definiría por un narcisismo que nos impide ver la realidad social y vital que atraviesan los demás, más preocupada por una seguridad económica personal y familiar de talante calculador, y que fomenta una cultura de la insolidaridad y la ceguera, frente al empobrecimiento de países y regiones que, en muchos casos, están a nuestro mismo lado²⁴.

Si es cuestionable y hay que retomar el planteamiento de la forma que, actualmente, reviste el Estado de Bienestar, no lo es el mantener y reivindicar las conquistas sociales que a lo largo de los años se han hecho, y que nos permiten tener una idea y (creo) la aspiración de exigir las dotaciones mínimas necesarias que hagan posible vivir, como una realidad, la convicción de que la dignidad de las personas es algo

23 Ibid.

24 R. Díaz-Salazar, *Redes de solidaridad internacional. Para derribar el muro Norte-Sur*, Madrid, HOAC, 1996, pp. 73-78.

que no puede ser violado, instrumentalizado ni vulnerado por ningún sistema económico, político o social. Y que tal vulneración supone un agravio ante el que se tiene que responder. Hablar del Estado social de derecho, no sólo supone plantear la existencia de un aparato normativo que nos permite participar soberanamente en nuestro futuro político, sino exigir unos niveles de justicia que son incompatibles con la pobreza, la miseria y la total desprotección.

Revisar las formas políticas, económicas y sociales que los grupos humanos tienen a lo largo de su historia, es una necesidad que el tiempo nos impone en todos los órdenes de la vida. Renunciar a los logros humanizadores básicos, que se han conseguido con gran esfuerzo y no poco sufrimiento, es poner en manos de las diferentes coyunturas políticas y económicas, lo que ya pertenece a la historia humana de hoy: los derechos humanos económicos y sociales. Ahora bien, para que esto sea una realidad se exige una cultura de la solidaridad de la que, por el momento, parecemos estar distantes. No podemos separar la subsidiariedad de la solidaridad. De hacerlo así, convertiríamos un principio de autonomía en una excusa de egoísmo que, en el caso de los problemas distributivos, repercute en detrimento de los que menos tienen y, por ello, su posición es de mayor vulnerabilidad.

A propósito de esta cuestión, Adela Cortina hacía una curiosa distinción:

Pero confundir la justicia, que es un ideal de la razón, con el bienestar, que lo es de la imaginación, es un error por el que podemos acabar pagando un alto precio: olvidar que el bienestar ha de costárselo cada quien a sus expensas, mientras que la satisfacción de los derechos básicos es una responsabilidad social de justicia, que no puede quedar exclusivamente en manos privadas, sino que sigue haciendo indispensable un nuevo Estado Social de derecho —un Estado de justicia, no de Bienestar—... y consciente de que debe de establecer unas nuevas relaciones con la sociedad civil²⁵.

25 A. Cortina, 'Del Estado de Bienestar al Estado de Justicia', en *Claves de razón práctica*, n. 41, 1994, p. 20.

LA MUNDIALIZACIÓN Y LA MODERNIDAD

Comenzaba este trabajo aludiendo a lo que, a mi entender, es hoy una realidad inexcusable: la globalización. Lo cierto es que prefiero referirme a ésta realidad como «mundialización». De todas formas la expresión «aldea global» tuvo gran éxito en los años 70, y desde entonces nos hemos referido a este hecho sociológico con esta denominación. No obstante, a lo largo de estas páginas, y de acuerdo con la expresión utilizada por Alain Touraine, he preferido reservar el término «globalización» para referirme a la dimensión ideológica del proceso.

La idea de mundialización expuesta en estas hojas, es el proceso por el cual se alargan las formas de conexión entre los diferentes contextos sociales (regiones, países, etc.), de forma que dan lugar a una red a lo largo de todo el globo. Esto no hubiera sido posible sin el distanciamiento entre espacio y tiempo que supone, como veíamos, la posibilidad de la relación inmediata en la distancia, sin la necesidad de la presencia. Con ello, los acontecimientos que tienen lugar en espacios lejanos a nuestra realidad cercana, condicionan ésta, de forma primordial. Ello ha supuesto la mundialización de la cultura, lo que es igual a decir, la utilización asimétrica de las formas de conocimiento. La parte del mundo más industrializada utiliza el tipo de conocimiento técnico y tecnológico a su servicio, en la forma que mejor cumple los objetivos de sus intereses. De esta manera los valores cambian de acuerdo a la forma en que estos modelos de conocimiento son, «necesariamente» transferidos a esos otros espacios, interdependientes. Así se explica que nuestro mundo sea cada día más técnico, más controlable pero, al mismo tiempo, más inestable y cambiante. En nuestras sociedades modernas existe la tendencia a simplificar los nexos institucionales, destacando aquel que más capacidad tiene para funcionalizar de nuestras formas de actuar. ¿Son nuestras sociedades actuales capitalistas o industriales?²⁶ Por lo

26 Ésta es la pregunta que se hace Anthony Guiddens en su último libro publicado en España: *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 1993. A lo largo de

visto es difícil separar ambas, pero no podemos decir que caminen paralelamente parejas. La mundialización exige una economía capitalista mundial, dinamizada desde el Estado nacional cuyos límites, en sociedades liberalizadas, vienen marcados por los límites de actuación económica de los otros Estados nacionales. De ahí la doble dinámica: la universalización de los espacios, por un lado, y el reforzamiento nacional por el otro, especialmente en forma económica y de reivindicación cultural. La segunda marca un hecho diferencial con el resto del entorno, que sirve para favorecer a la primera. Esto no es posible sin la mundialización de la industrialización, lo que supone una nueva división internacional del trabajo, donde unos países ofertan una mano de obra barata y las materias primas, y otros la industrialización y la capacidad de competir. Todos necesitan una economía cada día más ágil y libre. A todo ello hay que unir el control militar de las potencias que, aún después de la desaparición de la tensión este-oeste, siguen manteniendo su control sobre las áreas de estratégicas de influencia. En esta situación tenemos que repensar las características de la mundialización.

¿Cómo responder a esta realidad que, de forma inmediata, provoca en nosotros impotencia, mecanismos de autojustificación y, finalmente, si estamos situados en una posición ventajosa, deseos de huida hacia otro tipo de planteamientos? Las respuestas no son, ciertamente, fáciles. La mundialización es una consecuencia de la modernidad, y esta es universalizadora, en el sentido de utilizar un modo de reflexividad que reflexiona sobre la misma reflexión, conformando el futuro con las expectativas del presente. En ese sentido es globalizadora y autocentrada.

Nos encontramos ante el reto de hacer compatibles el progreso y la modernización. Lo que quiere decir, tomar la parte de responsa-

esta obra desarrolla un agudo análisis sociológico, para demostrar su tesis de que no nos encontramos en un período de postmodernidad, sino de radicalización de la modernidad; en él nos muestra el reduccionismo cultural de occidente y, con él, las consecuencias en las formas de fiabilidad en los sistemas y disminución de confianza en las personas.

bilidad que nos corresponde sobre la realidad concreta de los demás. Esto no puede hacerse de una manera uniforme en un mundo que, como hemos descrito, es tan diferenciado. Pensar en las formas de incrementar los niveles de libertad de todos, los de democracia, el compromiso con los derechos humanos, el respeto por el valor de la libertad de cada uno, etc., supone dar un trato distinto a las realidades políticas, económicas y sociales, tan dispares. Al interior de las democracias occidentales, será necesario hacer realidad ese tan proclamado diálogo comunicativo, pero que, en la práctica, se muestra tan complicado por la diferencia de lenguajes. Por ello, educar moralmente hoy, supone inculcar la importancia del re-conocimiento de los demás, lo que supone el respeto a su dignidad y el deseo de romper los niveles de desigualdad, exclusión y segregación, tan marcados en nuestros sistemas políticos occidentales, y tan formalmente excluidos de las normas constitucionales y los códigos legales. En segundo lugar, supone profundizar lo que han sido conquistas sociales, hoy irrenunciables, y que son las que, con mayor facilidad, se encuentran afectadas por una pretendida idea de «progreso», que no hace sino ocultar un individualismo darwinista, mudo al diálogo y ciego a las realidades concretas de los seres humanos. Me refiero, a la importancia de asumir la responsabilidad cívica de cubrir los mínimos básicos requeridos para la dignidad de las personas: sanidad, educación, vivienda, vejez, etc. En tercer lugar, una correcta ética política, exige pensar en el futuro de las sociedades y las personas superando la inmediatez de lo urgente (economía y políticas de la convergencia) y prestando atención a lo importante (trabajo, educación, respeto a las diferencias y crecimiento acompasado a las realidades concretas de todos). En cuanto lugar, y ya en un campo más económico, crear la conciencia de diálogo ético en los verdaderos interlocutores sociales de nuestras sociedades desarrolladas. Con frecuencia los conflictos suelen ser letales para las partes menos representativas, desde el punto de vista económico. Éste es un campo en el que se requiere una profunda creatividad a la hora de dialogar.

Con respecto a los países en vías desarrollo, la mundialización exige crear nuevas redes de solidaridad internacional, que nos per-

mitan aplicar soluciones reales a situaciones dramáticas. La globalización, en la forma en que el término ha sido utilizado aquí, es profundamente insolidaria. Es urgente la profundización en una sensibilidad de la solidaridad internacional para con aquellos países y regiones que, en ninguna forma, pueden competir en relaciones políticas y económicas de igualdad. La elevación de los niveles de vida y las perspectivas de futuro humano para estos países, permitirá el establecimiento progresivo de formas democráticas de organización política y desarrollo económico que permita, a largo plazo, las condiciones de autonomía social y respeto de las libertades. Esas realidades exigen de nosotros un esfuerzo de ayuda internacional, con un trato de preferencia y cuyo origen no puede estar en la conformación a las leyes de mercado, sino en la toma de conciencia de la importancia que tiene la solidaridad internacional²⁷.

Las situaciones distintas han de ser tratadas de forma diferente y con un trato preferencial a las partes menos protegidas.

Una apreciación acerca del talante, para terminar. Estamos inmersos en una dialéctica entre «globalización» y «mundialización» y, con frecuencia, la inercia de la primera nos parece tan aplastante, que origina en nosotros sentimientos de «des-moralización». La mundialización es un imperativo del que no podemos escapar, dado el curso que llevan los acontecimientos. En estas circunstancias «dimitir» es un lujo que no nos podemos permitir. Corren tiempos difíciles para la jerarquización de valores éticos que tomen como punto de partida las áreas empobrecidas y la lucha por las conquistas sociales logradas tras muchos años de conflicto social y político. De todas formas no es *posible* abandonar esta tarea. Al menos, ésta actitud es la primera piedra para el fundamento de la solidaridad, y sin ella, comienza a perder pie el sentido de nuestra orientación ético-política.

JOSÉ RAMÓN LÓPEZ DE LA OSA

27 A este respecto, el reciente y excelente trabajo de Rafael Díaz-Salazar, *Redes de solidaridad internacional*, Madrid, HOAC, 1996.